

Tribuna

EL PODER DE LAS PALABRAS

En comunicación es importante que el receptor perciba bien el mensaje

JULIO CÉSAR
Herrero*



Hay veces en que las respuestas a las preguntas importantes tardan años en llegar. Hace algo más de seis, un buen número de jóvenes gritaba ante las puertas de la sede del PSOE al flamante presidente de Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, lo que parecía una mezcla de consigna y deseo: «No nos falles». El jefe del Ejecutivo quizá desconocía que tras una aparente manifestación de confianza se puede esconder una amenaza en toda regla. A la frase le faltaba la segunda parte: «porque si nos fallas». Los políticos conocen mejor que nadie el poder de las palabras. Son ellos quienes se empeñan en crear realidades jugando con los términos y en dibujar situaciones que sólo existen en apariencia. Duran, «lo que duran dos peces de hielo en un whisky on the rocks».

En términos de comunicación en general, y de comunicación política en particular, es fundamental intentar determinar el grado de adecuación entre lo que se dice y lo que percibe el receptor. Para ello, es imprescindible que las dos partes del proceso (el emisor y el receptor) utilicen el mismo código. Y es elemental que exista el menor 'ruido' posible para evitar interferencias que alteren el sentido real del mensaje. Probablemente haya fallado todo, aunque es aún muy difícil determinar las consecuencias que su intervención en el Congreso ha tenido en el electorado más joven.

YA SEA Zapatero o sus asesores entendieron que podían ser consecuentes con el grito de marrras si se limitaban a dar todo lo que pensaban que los ciudadanos pedían. Y que «prefiero la guerra contigo al invierno sin ti». Y en Moncloa decidieron «inventar una canción por la gente sin voz que no quiere olvidar». Se olvidaron de que la gente había hablado con voz alta pero el presidente se equivocó con el código. La semana pasada invocó a Europa en numerosas ocasiones para justificar sus decisiones. Según un estudio de la Fundación BBVA que



NATALIA NEYRA

examina la relación de los ciudadanos de 14 países con Europa, «el vínculo concreto con lo europeo es bajo». Por tanto, resulta complicado que la Unión sea un argumento de autoridad. Más aún, cuando son los españoles los que más clara parecen tener la idea de que en Europa no todos los países influyen por igual.

Desde hace varios meses, resulta muy complicado para los no iniciados entender el lenguaje de los políticos. La falta de comprensión genera apatía; da pereza esforzarse para saber lo que dicen. Los cruces de acusaciones constantes están convirtiendo el panorama político en una corrala. Y la gente se cansa o se calienta. En cualquier caso, malo. Llevamos demasiado tiempo entre demasiado ruido: «Ruido acomplejado,

El grito «No nos falles» era, en realidad, una amenaza encubierta

ruido introvertido, ruido del pasado, descastado ruido».

El pasado miércoles, la mayoría de los españoles pensaba en Europa exclusivamente en términos futbolísticos, no económicos. Salvo, quizá, las funcionarias con bebés. Lo único que se había que traer de Hamburgo era una copa: para beber y celebrarlo, unos; para ahogar penas, otros. El sufrimiento del Atleti era una premonición de lo que tenemos por delante. Ahora jugamos en el tiempo que nos ha añadido Europa (o

de descuento, que dicen quienes aún no se han dado cuenta de que el tiempo no se resta; se suma, afortunadamente).

Miércoles, 12 de mayo de 2010. 23.15 horas. Pongo la televisión y, sobre imágenes de la Carrera de San Jerónimo, y con el Congreso de los Diputados al fondo, miles de jóvenes gritan: «maneras de soñar, maneras de aprender, maneras de sufrir, maneras de palmar». Punzante crónica política, pensé. Pero no. El Atleti había ganado la Copa y se dirigían a la fuente de Neptuno cantando «Motivos para un sentimiento». Pues, «para decir 'con Dios' a los dos nos sobran los motivos». ■

*Decano de la Facultad de Comunicación de la Universidad Camilo José Cela.